

Jean Paul

Premio Nobel de

Hernán Rodríguez Castelo, S. J.

El rechazo

EL día 20 de octubre el diario sueco "Dagens Nyheter" reveló la existencia de una carta dirigida por J.-P. Sartre a la Academia sueca anunciándole su decisión de renunciar al Premio Nobel caso de que, según se había corrido, hubiesen decidido concedérselo. El 21 se confirmó en Stokolmo la existencia de esa carta. El jueves 22 la Academia sueca discernía a Sartre el Nobel, y aquella misma tarde el escritor dirigía a la Academia un comunicado razonando el porqué de su negativa.

"No sé qué puede esperar la literatura y aun la cultura francesa del Premio Nobel" —ha declarado Sartre a un periodista francés. Es claro que esta razón para su negativa a aceptar la distinción no ha convencido a nadie. Las últimas razones, que probablemente son complejas, acaso no las ha precisado ni él mismo. (Se ha recordado en la prensa francesa que Sartre ha aceptado otros premios y otras distinciones.)

Mas, a pesar de la negativa, aunque oficialmente Sartre no sea Premio Nobel, lo es. Exige él a sus editores que el título no figure en las ediciones de sus obras, pero no se puede negar que a esta calidad de Nobel se deben los nuevos contratos: "La náusea", en griego; "Les mots", en turco; "Le mur", en un diario sueco, etc. Esto lo sabían los académicos suecos. Su premio está dado, con lo que ello implica reconocimiento oficial de una obra literaria y su espaldarazo de popularidad. ¿Qué fue más justo: la concesión del premio o su rechazo?

Sabido es que el Premio Nobel, que según el texto de su institución pretende exaltar una obra que se hubiere distinguido por sus miras ideales, ha venido a convertirse en un simple premio literario. De ahí que yo estime justa la designación de J.-P. Sartre para el Premio Nobel. Para que ningún requisito faltase, también se ha dado en este caso aquella obra última y especialmente hermosa que desean los académicos suecos para poder referirse a ella: es en nuestro caso "Les mots".

Varias preguntas podrá formularse nuestro lector acerca de este, llamémosle así, Premio Nobel 1964. ¿Cuál es su valor como escritor? Y, en cuanto a su posición filosófico-política, ¿qué hay de verdad en eso de su marxismo? Por fin, ¿en qué consiste la novedad de su última obra, la tan citada "Les mots"? En la medida en que una nota permite hacerlo vamos a responder a estas cuestiones.

Sartre, escritor

Sartre tiene un lugar propio en ese movimiento que comienza en la literatura francesa hacia 1938. Ha dado una de las respuestas ante aquel derrumbamiento de todo optimismo material y de cualquier ilusión de progreso. Junto a Camus y Queneau, ha hecho literatura antirromántica, literatura existencial. Pero, por encima de ellos, ha hecho literatura filosófica. Son notas características de su obra decisión de lucidez; simplicidad formal; inmisericorde objetividad; cerrazón ante lo que pueda significar horizonte y trascendencia.

La obra de Sartre cuenta entre sus grandes títulos con estos: "La náusea"; "El ser y la nada" —literatura más directamente filosófica. "Los caminos de la libertad" —enorme novela en varios volúmenes. "A puerta cerrada"; "Las moscas"; "El diablo y Dios" —teatro.

Un gran crítico francés ha trazado así la trayectoria de Sartre a lo largo de esos hitos:

—"La náusea": contacto con el absurdo exterior.

—"El ser y la nada": quita toda la esperanza.

—"Las moscas": el ser acosado.

—"Los caminos de la libertad": el hombre es la fuente de todo valor, su fundamento.

Sartre

Literatura 1964

Habría que incluir en el esquema ese gran alegato en contra de Dios que es "El diablo y Dios", la pieza más ambiciosa de Sartre. (A mí, personalmente, me resulta polémica, artificial, larga, absolutamente inferior al "Zapato de raso", de Claudel, cuya réplica pretendió ser.)

Resumen de esta obra que, a su manera, también constituye un testimonio de Dios en nuestro siglo es aquello de "El ser y la nada": "Todo sucede como si el mundo, el hombre y el hombre en el mundo tendiesen a la realización de un Dios malogrado."

Sartre, ¿marxista?

La última obra sistemática de Sartre, "Critique de la raison dialectique", tiene afirmaciones como estas: "He dicho y he repetido que la única interpretación válida de la historia humana era el materialismo dialéctico." Todo este primer tomo de la obra —el segundo se ha anunciado— pretende ser una renovación del materialismo dialéctico. Esto y el uso que en los medios marxistas occidentales se ha hecho de la figura de Sartre y de su participación en congresos comunistas, parece llevarnos a concluir que Sartre, venciendo todas las repugnancias existencialistas, se ha embarcado en el marxismo.

Sin embargo, Sartre no se ha plegado simple y llanamente al pensamiento marxista. Pretende criticarlo profunda, radicalmente, cosa que dentro de las formas de filosofar del marxismo se ve siempre como peligrosamente heterodoxa.

Señalemos aquí y allá rasgos de esta "heterodoxia" sartriana: "El marxismo —dice Sartre— es la filosofía indeclinable de nuestro tiempo, mas ha venido a ser completamente inútil en nuestro siglo." Hay que reintegrar en la historia al individuo, los grupos sociopolíticos; hay que reconocer la irreductibilidad de las obras del espíritu. Esto para Sartre no es sino un volver a las fuentes que los marxistas de hoy no han sabido leer.

En cuanto a la metafísica y a la dialéctica, la postura de Sartre, filósofo con sistema propio, es irreductible: no concede nada al materialismo dialéctico.

Para Sartre acercarse al marxismo ha sido pasar de la Ontología —"El ser y la nada"— al hombre histórico, concreto. El mecanismo histórico de la lucha de clases le interesa más que la "deducción trascendental" de esa lucha.

Para Sartre el grupo de individuos entregados a la acción, en lugar de constituir su alienación, constituye su liberación. El grupo —la turba que toma la Bastilla— restituye a las praxis individuales su libertad perdida. De aquí que la idea de una sujeción del grupo activo y soberano a la seriedad pasiva sea absurda.

Todo lo anterior y las distinciones que yacen en su raíz, entre razón analítica y razón dialéctica, entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas, entre la inteligibilidad de los fenómenos naturales y la de la historia, significan haber abierto una brecha profunda en la construcción marxista.

Así, pues, si Sartre es marxista, lo es a precio de esa brecha profunda. Si no, no lo es.

Para Sartre esta expedición independiente y originalísima por los dominios de Marx-Engels le ha supuesto la posibilidad de salir de ese mundo "A puerta cerrada", de escapar a "Las moscas".

"Les mots"

El último tomo de "Situations", en trance de ver la luz, y "Les mots" —"Las palabras"— nos darán la fisonomía actual de Sartre. "Les mots" (Editorial Gallimard, 1964, 216 pgs.), que ha ocupado lugar en la lista de los libros más vendidos en librerías de París durante varias semanas, es el comienzo de la autobiografía de Sartre. Un volver la vista atrás; un tratar de conocerse y explicarse. Comentando la obra, un gran crítico ha dicho que estamos ante "el San Agustín de un siglo ateo: la misma potencia dialéctica, el mismo encarnizamiento, el mismo fervor con que el santo se situaba en la luz de Dios, los emplea J.-P. Sartre para alejarse de Él."

Dos temas fundamentales son el hilo conductor de la obra: denuncia de una infancia burguesa que le enseñó a mentir y un ensayo de desentrañar el camino por el que llegó a la palabra.

Una de las dos temas una protesta o denuncia: quéjase Sartre de su infancia porque le enseñó a mentir con las palabras. Ha sido educado en un ambiente dícimonónico, el que precediera a la guerra del 14, en una atmósfera de religiosidad formulista y en situación de niño criado por su madre en casa de sus abuelos maternos.

El dualismo mentira-verdad es el leit-motiv de "Les mots", así como el de inquietud-descanso en Dios es el de las "Confesiones". Pero creo que así como en la obra de San Agustín está presente, y en un planteo de plenitud, la dualidad mentira-verdad, en Sartre está también presente, aunque sólo como anuncio, como temblor, el tema de la inquietud. Sartre se adelanta a sus recuerdos para decirnos que una mañana de 1917 optó por el ateísmo y que desde entonces ha sido consecuente. Y añade que como ateo, con todo el fervor del ateo, afirma que la verdad existe y que puede escribir todo este largo recuento de su vida para preguntarse: "¿Qué es la verdad?" ¿No late en el fondo de afirmaciones tan rotundas la inquietud? ¿Puede darse una pasión por la verdad que no apunte por encima de todas las barreras a la Suma Verdad?